

LA AUSENCIA DEL HOMBRE EN EL MOVIMIENTO DE RELACIONES HUMANAS

Gabriel Lorente, S. I.

SUENAN voces cada vez más apremiantes que reclaman la humanización de la Empresa. Porque la Empresa, especialmente la mercantil y la industrial, es en la actualidad el espacio en el cual tienen sus órbitas casi todos los seres humanos con sus satélites familiares; y si ella impri-

miera un tinte más humano a las relaciones que crea entre sus componentes, se habría conseguido un importante avance en la reconquista de ese tono cálido de convivencia que se perdió con el advenimiento del gran progreso industrial.

En esta línea de propósitos se sitúa el movimiento de *relaciones humanas*, que arranca de estudios e investigaciones teórico-prácticas realizadas en Estados Unidos en torno a la mejora de la productividad. El movimiento de *relaciones humanas* es una ancha corriente de pensamiento, que en la actualidad impregna a todas las naciones, orientada a la creación de un clima de armonía y cooperación entre la dirección de las empresas y los subordinados, a relajar las tensiones existentes entre las distintas categorías de una misma empresa.

Minuciosamente han estudiado los especialistas la técnica concreta que origina esta favorable disposición psicológica. Economistas, técnicos de la estadística, psicólogos han colaborado en la elaboración de programas concretos. Se ha considerado el impacto favorable que produce sobre la psicología del operario el brindarle oportunidad para exponer sus ideas respecto a mejoras de cualquier orden en la marcha



NOTAS PARA EL DIALOGO

de la fábrica, se ha estudiado el alivio que supone el cambio de ocupación en una cadena de montaje, se ha medido el bienestar originado cuando una gran planta de fabricación se reorganiza de modo que se transforme como en un complejo de pequeñas fábricas autóctonas donde los productores se relacionen entre sí de un modo más directo e incluso más familiar. Se podría continuar largo tiempo esta enumeración sin agotar el tema.

Aunque parezca paradójico, lo cierto es que el movimiento ha sido acogido con más entusiasmo por los empresarios que por los empleados y obreros a los que tiende a beneficiar. Para los grupos laborales fieles a la doctrina marxista el movimiento de *relaciones humanas* es una *peligrosa e inadmisiblemente tregua* abierta en la guerra de clases. Algunos sindicatos han expresado sus temores de que su mediación y su intervención en los conflictos de trabajo sea sustituida por este sistema de aproximación directa entre la dirección y los trabajadores. Ello sería lo mismo que jubilar a los sindicatos de sus funciones, por no ser ya necesarios. Y surge en otros también la sospecha de que este bienestar psicológico, esta grata disposición inducida, sean un hipnótico que adormezca al trabajador, de tal modo que, insensibilizado, no tenga conciencia de las dolorosas injusticias de que eventualmente es objeto.

Pueden estas actitudes ser el efecto de una suspicacia excesiva. No existen en muchos casos otros móviles que el indicado: conseguir un aumento de la productividad actuando sobre el bienestar psicológico de los productores. Pero en el fondo de esas reservas late la disconformidad y la oposición a la *ausencia de auténtico interés por el hombre en el movimiento de relaciones humanas*. No interesa en última instancia mejorar la situación del hombre productor de automóviles, sino aumentar el número de coches fabricados por año.

Aparece el movimiento de relaciones humanas como una formulación más refinada de la vieja teoría que sólo ve en el obrero un factor de producción. Solamente que con ayuda de los métodos psicológicos modernos se ha podido descifrar el secreto de las condiciones anímicas más favorables para que la máquina humana rinda al máximo.

Sería deseable la instauración universal de un concepto de empresa en que la finalidad primordial fuera el proporcionar medio de vida a los hombres que se han congregado para constituir la, bajo cualquier denominación o función. Y en la que el lucro y la productividad, —ambicionados con tanto afán como en la empresa actual de productividad—, fuesen tan sólo el medio para obtener el fin primordial. Pero, aunque no se alcance esta meta, es absolutamente preciso que todas las necesidades y legítimas exigencias del productor sean consideradas y atendidas *en razón de la dignidad humana e independientemente de su conexión con los índices de productividad*.

El movimiento de relaciones humanas es un amanecer lleno de esperanzas en el ambiente, tormentoso de hostilidades, en que hoy se desenvuelven las relaciones de los hombres que colaboran en una misma empresa. Y lleno también de interrogantes. Si nos trae un nuevo día en que sigue reinando la productividad como astro rey, entonces es de temer que, pasada la primera impresión, persistan como antes la hostilidad y la desconfianza. Si, a tono con la norma fundamental del Evangelio de guardar la caridad, o sea, el interés cordial y leal hacia nuestros semejantes, por nuestro común padre, Dios, vuelve el hombre y su dignidad al primer plano del interés de las empresas, entonces podremos felicitarnos de avanzar resueltamente hacia una era de paz y de dichosa convivencia.



el viejo oficio de educar

Carlos G. Hirschfeld, S. I.

EL P. DE BUCK nos ha dejado una trilogía preciosa (1) rica en valores formativos y pedagógicos. Para hablar como él habla hay que tener su experiencia. La experiencia que en los hombres de valer hace un modo de ser mitad conservador mitad liberal, mitad viejo mitad muchacho. Y nos trae de la mano cuidadosamente el viejo problema. Y sabe dónde pone el dedo y sabe que acierta cuando trata la actitud del educador.

“La *actitud esencial*, dice, es la de respeto. Porque es servidor”. Esta razón, así como así, es un triunfo para el joven y para el súdito. Ni la esperábamos. Pero es incuestionable. Es una razón que no escapa a un examen simple aunque inteligente. El que está arriba, el padre de familia, el superior,

el jefe... no está ahí para sentarse en el mejor sillón (solamente). Abiertamente, sin paliativos, lo dice de Buck.

Actitud esencial de respeto. Había que tomar cuidadosamente el concepto y examinarlo con detención. Que el muchacho es un ser que por sí y por quien lo representa se ha confiado al *mayor*. Ha renunciado a su personalidad para ponerla en otras que él cree mejores manos. La conciencia nos habla de préstamo, nos habla de inversiones de capital en un banco: las manos del que educa. No es un capricho, no un juguete que se va administrar caprichosamente: voy a tener entre mis manos, dirá el que educa, un hombre —barro y espíritu— y lo voy a llevar hasta una cima. Ni siquiera la que a mí se me apetezca, sino la que me imponga el rumbo, el destino. Voy a hacer de práctico de puerto. Que es bastante distinto a hacer de capitán de navío o de almirante de armada con mando en la flota.

El P. de Buck sabe defender a los jóvenes cuando hay que hacerlo. Sabe que hay problemas hondos junto a conciencias superficiales: las de aquellos que van administrando y como estirando el disfrute de eso tan halagador que se llama mandar sin más. Sólo porque le ha tocado en suerte nacer antes. Y de Buck da la voz de alerta: ¡Respeto!

(1) *Ese hijo vuestro*, 4.^a edición, 1954;
Casos difíciles, 4.^a edición, 1957;
Caracteres difíciles, 3.^a edición, 1954;
Ediciones Desclée de Brouwer, Bilbao.

Pero no es esto sólo. Junto al respeto nos habla "de inteligencia y firmeza. Porque es el que manda". La razón también aturde por su simplicidad. Porque es el que manda. Es un principio de buena economía, de simple sentido común. El P. de Buck añade: "Pero muéstrese humilde y paciente, ya que es incapaz de penetrar hasta el fondo el misterio indescifrable de las individualidades". Otra vez ataca y defiende a los jóvenes. Como se podría decir: ataca y defiende a los viejos.

A la actitud esencial de respeto sigue un problema de selección. Claramente nos dice que no todos sirven para mandar. Natural, que el problema no sería tan claro si se dijese que no todos sirven para viejos. Porque el ser viejo no es cuestión de *servir* sino de *llegar*. Con lo que se dificulta esto de seleccionar.

El educador ha de ser inteligente y firme, y humilde y paciente. Entramos en el sector de las cualidades. Venimos al campo donde hay que señalar una raya en el suelo y dividir y separar y decir: amigos, vosotros a educar, a mandar, cuando llega el caso; vosotros a presenciar desde el patio de butacas esta representación que vamos a llevar a cabo ¡sin hacer mucho ruido!

Hay que tener inteligencia — ¡ah la inteligencia! — y firmeza. Inteligencia para ver, firmeza para sostener. Inteligencia para ver el final, firmeza para empeñarse en llevar hasta el final al discípulo, sosteniéndolo. Antes el capricho podía estar en el que mandaba, y de Buck recomienda: ¡respeto! Ahora el capricho puede estar en el que se educa y de Buck grita ¡inteligencia y firmeza! Que no es precisamente mano dura, aunque puede serlo. Y ¿cuándo es mano dura y cuándo no? Esta es la labor de la inteligencia: para ver y distinguir: no sutilezas, sino realidades vitales como puños. Claro que se podría bajar al campo de la experiencia de cada día y decir cuándo una cosa y cuándo otra, cuándo ser fuerte y cuándo una gota de miel hará más que un barril de vinagre.

A más de esa inteligencia y firmeza: "humildad y paciencia. Ya que es incapaz de penetrar hasta el fondo el misterio indescifrable de las individualidades". Esto se llama acertar, dar de lleno en el blanco de la educación. Toda la ciencia es poca. Toda la ciencia se ha de humillar ante el aguante y la paciencia del que está educando, esperándolo todo de ése que Dios le ha puesto entre sus manos. El muchacho tendrá siempre un nombre y dos apellidos, pero va de los 7 a los 10 años, de los 10 a los 14, de los 14 a los 20 trazando sinusoides despistantes para quien crea que los dos apellidos son como un impreso de factura a gran velocidad que a priori me dicen las cuatro ciudades por donde ha de pasar mi equipaje. Nada de eso. Y el educador esperará y será humilde y no se impacientará. Y muchas veces la madre de familia se tragará sus lágrimas, y el padre de familia aguantará su mal humor y el maestro su palmeta, y todos sus ansias y deseos de que el niño o el muchacho sea lo que ellos quisieran. Ese ser que está ahí entre las manos de todos, es un ser que está jugando a vida o muerte su carta, la de su vida, y que no es dueño muchas veces de sí: hay crisis, hay malestares fisiológicos, hay gustos nuevos, hay una savia que le va subiendo sin saber y que le va abriendo ante las cosas unos ojos como de lechuza espantada... Pero no es el momento de apuntar y disparar sobre el ave. Es el momento de ir educando, que hasta ahora era: respeto, inteligencia, firmeza, humildad y paciencia.

Pero, claro, el educador para algo es mayor que el educando. Para algo está arriba. Y el educando para algo está viviendo: para ir dejando tras sí una estela de datos que va anotando el que educa, esforzándose por comprender su sentido, su dirección buena o mala. ¡Qué cerca está esta posición de la inteligencia y paciencia! Al educador van llegando una serie de hilos de distintos colores, tamaños y calidades. Y no todos sirven para hacer la cuerda. Unos los va cortando, otros pulien-

do, otros dejando: labor paciente; siempre reteniendo la maraña en su mano: labor firme; siempre reflexionando sobre la finalidad de eso que está enrollado entre sus dedos: labor inteligente... En esto me vienen a la mente unas acertadas consideraciones de DON PEDRO LAIN ENTRALGO, en sus *Generaciones en la Historia*, (2), que convergen con lo que estoy diciendo.

Pedro Lain habla de los jóvenes y juiciosamente establece cuatro como apartados que señalan la actividad de todo joven que comienza: lo que acepta, lo que rechaza, lo que da, lo que propone o proyecta.

A más de su presencia, que para la sociedad es estímulo, el joven trae sus cosas. Y en su quehacer cada uno pone lo que tiene: todo el cariño, todo el interés, toda el alma. Todo el empeño, y demos por hoy un sentido amplio y acogedor a esta palabra. Y con el empeño vienen las voces, y con ellas la secesión y la lucha. ¿Quién tiene derecho a la posesión de la tierra? ¿El que ya la labraba con sus manos o el que trae un tractor trepidante? ¡Ah, qué problema más antiguo! Lain prefiere

que siga el viejo con la tierra y que el joven cumpla 30 años por lo menos. Es decir, tiene un tanto a su favor la experiencia, la honda, profunda sabiduría que dan los años al hombre y el saber no cómo es o puede ser la vida, sino cómo *suele* ser la vida después que la han cruzado hombres de todas las condiciones. Y hay que reconocerlo: está bien esto.

Con todo ello, y volviendo a Buck, vamos a separar campos y a dejar las cosas claras. Podríamos grabar a cincel esas siete palabras, que son siete conceptos: respeto, inteligencia, firmeza, humildad, paciencia, ejemplo, experiencia. Que son los siete naipes que nos dan la clave de este extraño juego del que a punto fijo no sabemos quién saldrá vencedor. Pero sí, sí lo sabemos. Es decir, no pretendemos que nadie venza. Es menester tomar en peso cada una de esas siete palabras entre las manos y así, tan cerca de nosotros, advertir que en su sentido tienen cosas que decirnos a todos, a los viejos y a los que no lo somos. Que son correlativas, que dicen relación siempre. Y que las siete juntas nos hagan mirar hacia dentro de donde nos ha venir la vida, Dios que está ahí para asistirnos.

(2) Edit. Revista de Occidente, Madrid, 1946.



POE- Y TEOLO- SIA GIA



Andrés M.^a Sevilla, S. I.

Gabriel Marcel, Jacques Madaull, Daniel-Rops, Jean Jacques Bernard, estos hombres, entre otros, otorgaron en París el Gran Premio Católico de Literatura, 1957 a Jean-Claude Renard.

Jean-Claude Renard escribió un poema de Dios, de la naturaleza y del hombre, *Pére, voici que l'homme*, y sobre ese poema se inclinó el jurado del Gran Premio Católico de Literatura.

Nos interesa "*Pére, voici que l'homme*" porque es Teología y Escritura, porque es el hombre trascendente que puede transformarse en la perfección de Cristo. Y es todo el universo como cosa buena y sagrada. Es el hombre y el universo armonizados por Dios.

Creemos que el poema de Renard es una exhaustiva exégesis lírica de aquello de San Pablo: "*Todas las cosas son vuestras, vosotros de cristo, Cristo de Dios*".

No vamos a descubrir ahora la palabra de Dios como inspiradora de poesía; pero sí recogemos el camino para los desesperanzados poetas buscadores de Camino, Verdad y Vida. Y recogemos la enseñanza para los descarnados teólogos de fórmulas frías y despreciadores de lo que no sea así.

Hace poco que un teólogo, von Balthasar, se interesó por Bernanos. Hizo del literato un comentario profundamente dogmático y finamente crítico; porque valía la pena que la teología se asomase abierta y comprensivamente

sobre ese mundo nuevo de la novela católica. Antes ha precedido la buena y acertada voluntad de poetas y novelistas que quisieron hacer teología y enseñar teología en su obra literaria. Convenía ahora encontrar la buena y acertada voluntad de teólogos en diálogo con la esperanzadora generación literaria de esos hombres jóvenes que consciente o inconscientemente bucean en el dogma, y recrean la verdad divina cambiando las pobres y fatigadas palabras nuestras cotidianas con que siempre decimos las cosas de Dios.

Algo es necesario; algo difícil y muy cristiano: docilidad mental, reajuste doctrinal del hallazgo poético con la verdad bien definida del dogma.

Jean-Claude Renard ha tenido esa difícil docilidad, fruto de una humildad cristiana, la más rara por ser humildad intelectual. Ha embridado con rienda segura y firme el ímpetu inspi-

rado de su cabalgar poético, para hacer así otro poema humano y personal oculto tras el poema de sus versos: el de la sumisión doctrinal al dogma.

Por eso es necesario el diálogo literario teológico, más que el monólogo paralelo sin encrucijada. Ahora que está la esperanza, literariamente viviseccionada, y también el mundo insondable de la gracia, y la sacramentalidad sacerdotal, y el cielo y el infierno, y el diablo y Dios, ¿por qué no hacer tarea común de teólogos y literatos al hombre, la naturaleza, Dios?

Caminar así por el mundo nuevo de la preocupación atómica y de la técnica, con este bagaje espiritual de presencia teológica, es una victoria de Dios.

Jean-Claude Renard poeta, treinta y cinco años de edad, Gran Premio católico de Literatura 1957, ha hecho triunfar a Dios.

